

Ana Rodríguez Fischer

Universitat de Barcelona

Rodríguez Fischer, Ana (2024). «¿Por una novela de ideas? Coloquio entre María Zambrano y Rosa Chacel». *Aurora*, 25. 90-99. ISSN: 1575-5045. e-ISSN: 2014-9107. DOI: 10.1344/Aurora2024.25.7. Recepción: 11/9/2023. Aceptación: 30/9/2023. Publicación: 12/2/2024

anarodriguez@ub.edu
ORCID: 0000-0001-6750-5714

© Ana Rodríguez Fischer, 2024. CC BY 4.0

¿Por una novela de ideas? Coloquio entre María Zambrano y Rosa Chacel

Per una novel·la d'idees? Col·loqui entre María Zambrano i Rosa Chacel

Towards a novel of ideas? Dialogue between María Zambrano and Rosa Chacel

Resumen

El artículo analiza la amistad entre María Zambrano y Rosa Chacel a lo largo de los años, tomando en cuenta la correspondencia conservada y los ensayos o artículos que se dedicaron la una a la otra, con especial atención hacia los aspectos relacionados con el magisterio de Ortega y Gasset, su pensamiento y sus ideas sobre la novela, reflejadas en *Estación. Ida y vuelta* y en *Delirio y destino*.

Palabras clave

María Zambrano, Rosa Chacel, narrativa española del siglo XX, magisterio de Ortega y Gasset.

Resum

L'article analitza l'amistat entre María Zambrano i Rosa Chacel al llarg dels anys, tenint en compte la correspondència conservada i els assaigs o articles que es van dedicar l'una a l'altra, amb una atenció especial als aspectes relacionats amb el magisteri d'Ortega y Gasset, el seu pensament i les seves idees sobre la novel·la, que es reflecteixen a *Estación. Ida y vuelta* i *Delirio y destino*.

Paraules clau

María Zambrano, Rosa Chacel, narrativa espanyola del segle XX, magisteri d'Ortega y Gasset.

Abstract

The article analyzes the friendship between María Zambrano and Rosa Chacel, focusing on the preserved correspondence as well as on the essays and articles that they dedicated to each other, with special attention to the aspects related to Ortega y Gasset's influence and his ideas on the novel or other philosophical notions, reflected in *Estación. Ida y vuelta* and *Delirio y destino*.

Keywords

María Zambrano, Rosa Chacel, Spanish narrative of the XXth century, Ortega y Gasset's influence.

Antes de comenzar a desarrollar el tema de mi artículo, considero conveniente recordar algunos datos que enmarcan la relación entre María Zambrano y Rosa Chacel —no siempre debidamente interpretada—, a fin de disipar prejuicios o ideas dudosas, que parecen muy extendidos, pues la propia María nos ha dejado un testimonio de 1953 cuando, en una carta fechada en Roma el 31 de agosto, le escribe a Rosa:

Siempre que encontraba a alguien que podía decirme algo de ti le preguntaba ávidamente; siempre me dejaron con sed. Y ¿quién en París comenzó diciéndome «aunque Vd. esté contra ella o a pesar de que sus actitudes son antagónicas»? ¿Santo Dios! «Vd. tendrá que admitir que tiene mucho talento»... Ves tú, esto es el destierro.

Y esa persona comenzaba con ese discurso contestando a mi ávida, ardiente pregunta.¹

Es cierto que hubo discrepancias en una hora especialmente crítica de España, la de nuestra Guerra Civil, según se advierte en las cartas intercambiadas (de las que se conserva sólo una de María Zambrano, fechada en Barcelona el 26 de junio de 1938,² en respuesta a la recibida casi un año antes), discrepancias que se refieren al papel de los intelectuales en el momento en que España vivía su drama, según se desprende de dicha carta y también a partir de otros textos.³

Muchas, innumerables veces me he puesto a escribirte, pero estaba demasiado cerca tu carta, sólida, cortante, con aristas tan afiladas que por fuerza me tenía que tropezar y herir o que plegar, o que esquivar. Como nada de eso me era grato ni tal vez conveniente, no lo hacía. [...] No quiero discutir contigo. Pues el camino recorrido no me lleva a darte la razón; en todo caso, la razón, bueno, pero nada más, y para ti esa es bien poca cosa. Pues ya ves que mi actitud sigue siendo extremadamente dispar con la tuya, lo cual quiere decir que *las mismas razones en mí* son una cosa distinta que en ti, pues las he descubierto aquí, bajo estas bombas, sintiéndome *beligerante*, enemiga de Giménez Caballero al que considero un miserable traidor, al que jamás daría la mano. Enemiga *hasta la muerte* de todos los que han vendido a España, a quien jamás llamaré *mía* porque soy yo *de ella*, y ésta es la diferencia de amor. No dudo de tu amor a España, a la manera de Unamuno, que no es la mía. Pero sí creo que en ti existe un extravío grande, como en Unamuno, como en Ortega, a quien he enviado una palabra, una sola, que no sé si entenderá, pues era muy clara. ¿Tú no le ves? ¿No os habéis peleado y reconciliado? Yo no podría ya con él, ni lo uno ni lo otro. Contigo, no sé. Iría a verte si fuera a París, cosa de que no tengo la menor perspectiva [...] Y nada más, Rosa. Creo que estarás trabajando, lo cual es mucho. No te puedo dar ningún consejo, porque no puedo, como te dije al principio, ofrecer nada. Tan sólo mi existencia si la estimas en algo, tan sólo a mí misma. Pero sí deseo que escribas, que te logres aunque sea en tu manera unamunesca, orteguiana, y dispar de Unamuno y Ortega a la vez.⁴

Pero antes y después de esa hora de España hubo otras. Hubo, por ejemplo, la de 1929, que es en la que centraré mi trabajo. Y la etapa del exilio, que también puede rastrearse a través de algunas cartas, así como los años y las palabras del regreso, que testimonian una amistad resistente a ausencias y discordias por ser de fraternal origen.

A una jovencísima María Zambrano todavía residente en Segovia la persona que más contaba para ella le hablaba de Rosa Chacel: «María, he conocido y oído en Madrid a una muchacha, tan joven como tú, hablar de Nietzsche en el Ateneo⁵ [...] Tiene talento, belleza y el hado del genio en su frente».⁶ Cuando en 1926 María Zambrano se traslada con su familia a vivir a Madrid, nos cuenta ella misma: «Alguien, que para mí tenía autoridad, me decía — “con una sola palabra, Rosa puede cambiar una vida, o llenarla, o vaciarla; es única”; — “¿y no la puedo conocer?”; — “no, por ahora no,

1. AA.VV., *Cartas a Rosa Chacel*. Ana Rodríguez Fischer (ed.). Madrid: Ediciones Cátedra, 1992, pág. 43.

2. He analizado esa extensa carta en el artículo «Líneas de una amistad (Carta inédita de María Zambrano a Rosa Chacel)», *Ínsula*, 509, mayo de 1989, págs. 17-18.

3. Véase el extenso ensayo de Rosa Chacel «Carta a José Bergamín sobre anarquía y cristianismo», publicado en *Hora de España*, 7, julio de 1937, págs. 13-26. Recogido en Rosa Chacel. *Obra completa* iv. *Artículos* II. Ana Rodríguez Fischer (ed., prólogo y notas). Valladolid: Excma. Diputación Provincial de Valladolid – Centro de Estudios Fundación Jorge Guillén, 1993, págs. 377-389.

4. AA.VV. *Cartas a Rosa Chacel*, op. cit., págs. 35-38.

5. Gracias al estudio de Gonzalo Sobejano disponemos de una detallada crónica de aquellas jornadas celebradas en el Ateneo de Madrid en 1921. Véase Sobejano, Gonzalo. *Nietzsche en España*. Madrid: Gredos, 1967, págs. 524-525.

6. Zambrano, María. «Rosa», *Un ángel más*, 3-4, invierno y primavera de 1988, págs. 11-12.

7. Zambrano, María, «Rosa», *op. cit.*, pág. 12.

8. AA.VV., *Cartas a Rosa Chacel, op. cit.*, pág. 41.

9. Chacel, Rosa. *A la orilla de un pozo*. Madrid: Ediciones Héroe, 1936. Cito por la reedición de Valencia: Pre-Textos, 1986, pág. 6.

tendrás que esperar mucho tiempo”». Rosa Chacel estaba en Italia, de donde no regresa hasta 1927. Es entonces cuando se inicia la relación personal entre ambas, según rememora María Zambrano:

Y al fin, de una manera impensable, me llamaste, oí un día tu voz en mi teléfono, saludándome, simplemente, e invitándome a ir a una reunión en tu casa, donde tú estarías. Fui temblando. Pero debí estar tan torpe que creo que no te hice buena impresión. Eras inasequible e irrenunciable. Se estableció una relación regular entre tú y yo, mas siempre incompleta; por torpeza mía, sin duda. Tú paseabas a solas después de comer y yo pretendía ir contigo, rompiendo el encanto de tu soledad. Siempre tuviste sobre mí un cierto poder. Habías colaborado en la *Revista de Occidente* y, sobre todo, eras tú, ese ser, ser —digo, Rosa— que ha seguido siendo para mí. No digo un juez, sino un supremo testigo.⁷

Relación que durará hasta la diáspora, pues conservamos este entrañable recuerdo de María Zambrano referido a su boda con Alfonso Rodríguez Aldave, celebrada el 14 de septiembre de 1936, en la carta dirigida a Rosa Chacel desde Río Piedras el 5 de septiembre de 1941:

Ahora en Puerto Rico, donde ya estuve el año pasado, te he recordado mucho, he recordado tu Borinqueña que cantaste el día de nuestra boda; ese era Borinquen, ¡si ahora le vieras!... Luz violenta rebotando contra muros inclementes, atestado de automóviles, camiones y radios. Pobre islita maravillosa, yo la veo como un pañuelo de encaje, como un bordado calado, como un pequeño jardín de un aroma tenue al caer de la tarde, su mayor belleza son los flamboyanes que ahí había visto y las cañas de bambú... Pero todo eso está maltratado, pisoteado, polvoriento.⁸

Otra prueba irrefutable de aquella amistad es el soneto «Una música oscura, temblorosa» que Rosa Chacel le dedica a María y que incluye en el poemario *A la orilla de un pozo* (1936), libro que surge «en forma de confidenciales secretos, esto es, acumulación de imágenes suscitadas por la relación más próxima con cada uno de mis amigos».⁹ El soneto dice así:

Una música oscura, temblorosa,
cruzada de relámpagos y trinos,
de maléficos hálitos, divinos
del negro lirio y de la ebúrnea rosa.
Una página helada, que no osa
copiar la faz de inconciliables sinos.
Un nudo de silencios vespertinos
y una duda en su órbita espinosa.
Sé que se llamó amor. No he olvidado,
tampoco, qué seráficas legiones
hacen pasar las hojas de la historia.
Teje tu tela en el laurel dorado,
mientras oyes zumbiar los corazones,
y bebe el néctar fiel de memoria.

No es fácil descifrar este soneto que, al igual que otras páginas ensayísticas entrecruzadas entre ambas escritoras, debe leerse en clave epistolar, con su cualidad íntima y hermética, apreciable en las figuras o representaciones del pensamiento de María Zambrano convocadas en esos versos: la rosa blanca; el corazón, del que también es símbolo la rosa; la duda y sus espinas. El poema es un retrato no estático sino extático: «éxtasis, culmen del movimiento», precisa Rosa Chacel en un ensayo imprescindible si se quieren trazar las líneas de esta amistad y el coloquio de sus vivires:

Sucede que la divergencia de nuestros caminos es tan armónica como la mejor concordia y, si nos presentamos —nos presento yo, en este momento— como caminantes, hago notar, de entrada, lo diferentes que fueron nuestras provisiones, lo diferente que fue nuestra elección al endosarlas. Por haber fallado nuestro epistolario quedó indemostrada la consonancia de nuestras cantinelas con instrumentos tan dispares. Consonancia paradójica —no arbitraria [...]. Tú, pertrechada con la estricta disciplina, ¡con las lenguas antiguas! —rezumantes como potes de arcilla de la fluidez del logos— excavaste como un minero o suscitaste sobre el humo de tu caldero mágico las formas no formadas, la virginal mudéz. Yo me desojé por arrancar del vago horizonte las formas enturbiadas por el espesor de la atmósfera, para someterlas a la táctil geometría de mi prosa.¹⁰

Llegó la diáspora y, con ella, algunas cartas, pocas y espaciadas, fechadas entre 1941 y 1958. No se conservan las de Rosa; solo las de María. Desde Río Piedras (Puerto Rico),¹¹ le escribe:

En Méjico, estuve en Morelia que antes se llamó Valladolid, allí me hice amiga de una estatua que te me recordaba, era una plazoletita que había sido claustro de un convento de jesuitas; tenía la gracia neoclásica, una primavera con flores rosas y azules a sus pies. Mi única amistad. La Universidad [de Michoacán] tenía una colección completa de la *Revista de Occidente* y la leí entera, fue curioso y extraño; allí encontré cosas tuyas que no conocía: un capítulo de Teresa Mancha¹² que me pareció genial, te lo digo como si fuera tuyo o quizá por serlo enteramente. Aquello de la mirada de esclava es maravilloso... [...] También leí en *Sur* las *Memorias de Leticia Valle*...¹³ Me gustaron muchísimo y ya sé que será inútil esperar una continuación.¹⁴

El 31 de agosto de 1953, ya en Roma, María Zambrano responde a una carta que al parecer le llega «por prodigio» —pues Rosa la había enviado a La Habana, a una dirección de hacía siete años—¹⁵ y le confiesa:

[...] la leí a sorbos largos, que me llenaban la boca y la garganta como se bebe un vaso de agua pura, fresca y propia después de que casi se había olvidado que se podía beber un agua así. Y algo de ese agua me acudió a los ojos, me di cuenta al doblarla entre mis dedos como un pañuelo de hilo que ha usado alguien que queremos mucho y que se guarda; esas cosas, tú sabes, que ya no hay. Bueno, quisiera decírtelo todo, sí, aun eso que aún quizá no me he dicho a mí,

10. Chacel, Rosa. «Rosa mística» (1984), en *Obra completa* III. *Artículos* 1, *op. cit.*, p. 526. En el mismo tomo puede leerse «Pentagrama», dedicado a *Claros del bosque*, págs. 521-524.

11. La carta lleva fecha inicial de 30 de agosto de 1941, después tachada y cambiada por la de 5 de septiembre.

12. En efecto, el primer capítulo de la biografía novelada que Rosa Chacel escribió sobre la célebre amante de José de Espronceda, *Teresa*, había aparecido en *Revista de Occidente* (núm. 77, v. XXVI, noviembre de 1929, págs. 223-243), con el subtítulo «novela de amor». En esa primera versión, acorde a los juegos característicos de las primeras vanguardias, Rosa Chacel se inclinó hacia la ironía, convirtiendo el drama en un chisporroteo de fuegos artificiales. Después, al retomar la novela en 1934, la autora advirtió que los esfuerzos para ajustar la novela a la *façon* de los románticos habían desembocado en «un romanticismo *façonné*, parafraseado, subrayado, ironizado». Se imponía corregir lo que ella llamó «la almibarada blasfemia» y con mayor urgencia tras haberse asomado a la humanidad y a la tragedia de Teresa Mancha. Ya en 1941 la sometió a una primera poda, según explica en la «Advertencia» que redactó para la primera edición española de la novela (Madrid, Aguilar, 1963, pág. 14). Por consiguiente, la versión que leyó María Zambrano es notablemente distinta de la definitiva.

13. En 1938, estando ya exiliada en París, Rosa Chacel le dio a Victoria Ocampo el primer capítulo de la novela, que esta publicó en la revista que dirigía, la célebre *Sur* (núm. 52, enero de 1939, págs. 14-27). *Memorias de Leticia Valle* fue publicada en Buenos Aires por Emecé en 1945.

14. AA.VV., *Cartas a Rosa Chacel*, *op. cit.*, págs. 40-41.

15. Nada más iniciar su exilio, María Zambrano pisó «la isla de la luz», pero su estancia más prolongada allí va desde finales de 1947 hasta 1953 —con viajes a Roma y París entremedio—, cuando abandona Cuba.

16. Todos estos artículos y ensayos breves de Rosa Chacel pueden ahora leerse en los dos volúmenes de *Artículos* de la autora que cito en la bibliografía.

17. AA.VV., *Cartas a Rosa Chacel, op. cit.*, págs. 42-43.

18. *Ibidem*, pág. 56.

19. Son «El cáliz» y «La condenación de Aristóteles», ambos pertenecientes a la segunda parte del libro y que presentan ligeras variantes respecto a la versión finalmente publicada en Madrid: Mondadori, 1989.

20. AA.VV., *Cartas a Rosa Chacel, op. cit.*, págs. 45-46.

21. *Ibidem*, págs. 50-51.

22. No deja de ser significativo de cómo se anudan las líneas de esta amistad entre María Zambrano y Rosa Chacel a lo largo del tiempo lo que esta anota en sus *Diarios*, en la entrada correspondiente al 8 y 30 de septiembre de 1961, cuando relata ampliamente la repentina llegada de Mario Parajón a su apartamento neoyorquino —la escritora residió allí dos años, gracias a una beca de la Fundación Guggenheim—, la gran sintonía que de inmediato se estableció entre ambos y los sucesivos encuentros que mantuvieron hasta que el joven regresó a Cuba a finales de ese mes. Citaré un breve párrafo: «Lo más extraordinario es que el libro que conoce bien, verdaderamente a fondo, es *Estación. Ida y vuelta*, y que ha escrito y publicado en Cuba, hace tiempo, una crítica en la que lo relaciona con *La náusea*. Esto, confieso que pocas cosas en la vida me han dado una satisfacción igual [...]» (Chacel, Rosa, *Obra completa* ix. *Diarios*. Carlos Pérez Chacel y Antonio Piedra [eds.], Ana Rodríguez Fischer [prólogo]. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2004, pág. 228). Con ocasión del ochenta cumpleaños de la escritora vallisoletana, el autor cubano le dedicó el texto «Rosa por diez ochenta» (*Informaciones*, Madrid, 6 de junio de 1978, pág. 19).

y, sobre todo, lo que sé. Pues siempre he creído que tú sabías más de mí misma que yo, ahora me doy cuenta y esperaba de ti las palabras esenciales. Eres de esas pocas personas de las que esperaba siempre no decires, sino revelación. Cuando te leo es lo mismo. Y nunca me decepcionas, sino únicamente que no sea más. Hace mucho que no me ha llegado nada tuyo; Leticia Valle hace tanto tiempo! y una nota hermosísima y larga sobre Baudelaire en *Sur* y otras sobre Camus¹⁶ y Julián Marías.¹⁷

Es un ruego y una afirmación persistente, como volvemos a leer en la carta fechada en Roma el 8 de junio de 1958: «Me alegra infinitamente que hayas terminado un libro, ¿una novela? Y espero leerla pronto. Ya sabes que siempre estoy ávida de leer lo que sale de ti, que no he perdido ni una página de las que me han llegado desde antes, antes de conocerte».¹⁸ En sus cartas María también le habla de sus propios proyectos. Y, en esta última en concreto, lo hace sobre *Delirio y destino*, todavía inédito. Por eso, le dice, «voy a buscar valor para copiarte algunos “Delirios” de mi libro y enviártelos».¹⁹ Sólo para que los leas. No quiero que se publique nada hasta ver». Y líneas más abajo, le explica:

No es novela. ¿Qué es?... Desde un punto de vista objetivo, que diría un catedrático de no sé qué asignatura, es la historia o el relato —seamos modestos— de los orígenes de la República. La primera parte acaba el 14 de abril. La segunda, que es más bien Epílogo, son Delirios, algo que me encontré escribiendo en París a ratos cuando el «daimon» me tomaba después de la muerte de mi madre. Sí, delirios, lo que nos han dejado. Delirios, pero «secundum veritatis», pues esto también nos lo han dejado: la verdad en su esqueleto. Y los esqueletos obligados a vivir, deliran. Por eso yo no sé si es al mundo de la sangre o al mundo de los huesos donde he transmigrado. ¿Qué estupenda clasificación o lo que sea esa que haces: mundo del pensamiento y mundo de la sangre! Los dos se reabsorberán en los huesos, verdad final de esta transmutación en lo humano.²⁰

Naturalmente, en la correspondencia abundan las referencias a los maestros y amigos, que subrayan una amistad afincada en una misma adhesión discipular, en identidad de inquietudes intelectuales, en comunión de tiempos y espacios. Y, de manera destacada, afloran las referencias a Ortega, de las que selecciono un par: la que llega envuelta en un sorprendente humorismo, cuando Zambrano, en carta de mayo de 1954, le dice a Rosa Chacel: «No seas zángana. Dime qué haces. Suéltate el pelo a escribir y “enfoutrate pas mal” en las “circunstancias”. El maestro no parece haber sabido que es un modo lícito y eficaz de habérselas con ellas.»²¹ Otro tono, más grave, tiene la siguiente referencia, prendida a la noticia de la muerte de Ortega:

No estoy para hablarte de la muerte de Ortega. No puedo. Tengo una ramita de laurel que un muchacho cubano que fue a su entierro con su madre en mi nombre arrancó; Mario [Parajón]²² le vio muerto

y le veló un rato y fue al entierro pensando en mí y otros más así lo han hecho. Tengo el número de *ABC* con su mascarilla en la portada, otros periódicos, la esquila que le hicieron los estudiantes convocados al homenaje sobre su tumba días después, pues la juventud no fue al entierro, le hicieron el suyo. Me han escrito dándome el pésame de todas partes, antiguos maestros míos, discípulos, amigos, conocidos, le han dicho Misas a mi intención sin que yo lo pida y en la misma España; me han pedido artículos de mil revistas, entre otras *Ínsula* y *Sur...* todo lo tengo, menos una palabra suya, una sola. Dice Mario que estaba muy hermoso, con mucha paz, las manos cruzadas, vestido de negro con una corbata preciosa y el nudo muy hecho y una sonrisa iniciada en los labios. Que era la imagen del sabio. Y su muerte me ha hecho ver que le amaba aún más de lo que creía, que le amaré siempre. Estoy hace muchos años alejándome de ciertos aspectos de su pensamiento, de la Razón Histórica, concretamente. Mi punto de partida es la [Razón] Vital, pero la he desenvuelto a mi modo. Eso no importa. Seré su discípula siempre.²³

23. AA.VV., *Cartas a Rosa Chacel*, op. cit., págs. 52-53.

24. Chacel, Rosa, «Respuesta a Ortega: la novela no escrita». En: *Obra completa* III. *Artículos* 1, op. cit., pág. 380.

25. Véase «La segunda primera novela». En: Chacel, Rosa. *Obra completa* III. *Artículos* 1, op. cit., págs. 353-364.

Y es que, como es bien sabido, la filosofía de Ortega fue el punto de partida de ambas escritoras. En el número 47 de la *Revista de Occidente* (mayo de 1927) aparece un primer capítulo de *Estación. Ida y vuelta*, anunciando la inminente aparición de la novela de Rosa Chacel en la colección anexa a la revista, «Nova Novorum», aunque finalmente aparecerá en 1930 en la colección «Valores Actuales» de la editorial Ulises, dirigida por Julio Gómez de la Serna. Libro «desafortunadamente orteguiano», con él creía la autora «haber inaugurado la novela que anunciaba Ortega, y hoy día veo que no coincide enteramente con lo que en aquella fecha creía Ortega que debía ser la novela. Con lo que coincide es con el alma española, aventurada en la doctrina de Ortega, con la juventud de mi generación, que intentaba una moral y una estética distintas de las anteriores.»²⁴ En su personaje, narrador y protagonista, Chacel encarna algunos temas capitales del pensamiento orteguiano y para ello idea una novela cuyo núcleo lo constituye el proceso mental desarrollado por el héroe, un hombre que, inmerso en su circunstancia, trata de salvarse salvando lo que en dicha circunstancia considera como verdadero y digno de continuidad. Esta es la conclusión a la que llega tras un largo proceso centrado en el desarrollo o crecimiento de la idea, entendida, al modo orteguiano, como una acción que el hombre realiza en vista de una determinada circunstancia y con una precisa finalidad.

No menos orteguiana resulta la naturaleza dialógica de la narración, o más bien monologante, tan pegada al discurso interior, que, si bien tenía su ejemplo máximo en Cervantes, se ve reactualizada en nuestra «segunda primera novela», como Chacel definió *Platero y yo*,²⁵ y también en Ortega:

[...] toda la obra de Ortega, principalmente las *Meditaciones* y *El Espectador* nos daban el ejemplo patente. La narración no aparecía nunca en forma descriptiva o narrativa, sino sugestiva. Y no sólo

26. Chacel, Rosa, «Respuesta a Ortega: la novela no escrita», *op. cit.*, pág. 372.

27. Chacel, Rosa. *Estación. Ida y vuelta*. En: *Obra completa v. Novelas II*. Ana Rodríguez Fischer (prólogo). Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2000, pág. 83.

28. *Ibidem*, pág. 95.

29. Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. En: *Obras completas I*. Madrid: Alianza – *Revista de Occidente*, 1983, pág. 322.

30. Chacel, Rosa. *Estación. Ida y vuelta*, *op. cit.*, págs. 95-96.

31. Chacel, Rosa, *ibidem*, pág. 102.

32. Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*, *op. cit.*, pág. 319.

por medio de la alusión, sino por una fluidez, una agilidad sin explicaciones, tal como sólo se da en el discurso interior. No en el monólogo: Ortega dialoga siempre, consigo mismo, pero no para sí mismo. El interlocutor es a veces mentado —y hasta provocado—. Ortega cuenta con él, pero sabiéndole presente, obra como en soledad.²⁶

Un primer tema destacado, de inconfundible raíz existencialista, es el de la búsqueda de un destino propio y la afirmación de ese destino; es decir, la voluntad de ser, la consideración de la vida como proyecto, de la existencia creándose a sí misma como proyección. Tal voluntad de crear una forma de vida se apunta muy temprano, cuando el personaje adolescente afirma: «La vida no es eso, la vida —la nuestra— no tenemos que aprenderla de nadie; nos la inventaremos nosotros».²⁷ Más adelante, al concluir que toda posición —o situación, como dirían los existencialistas— es relación del individuo con el medio, decidirá no amoldarse ni adaptarse a él, sino traspasarlo, penetrarlo imprimiéndole la propia huella:

[...] hay quien prefiere que el medio se le adapte como un guante, hay quien le concibe como la carcoma su madera: no para acomodarse a él, sino para cruzarle; no para labrarse un hueco amplio donde enroscarse y echarse a dormir, sino para trazarse un camino estrecho que sea la huella exacta de su forma.²⁸

Esta imagen plasma otra idea clave del pensamiento orteguiano: la tarea de vivir entendida como la reabsorción de la circunstancia en el destino concreto del hombre, según expuso Ortega en una de las formulaciones más destacadas de su ensayo: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo».²⁹ El proceso vital, por consiguiente, no consiste solo en una adaptación del cuerpo a su medio, sino también en la adaptación del medio a su cuerpo. Así entendida, la vida deberá afrontarse como un «ir-haciéndose»; antes que una posición, será un camino —«un camino largo, sin montañas limitadoras [...] Un camino que seguir todos los días»—³⁰, cuya elección debe hacerse desde el contorno inexorable que es la circunstancia propia:

[...] yo no me veo, no puedo verme, más que penetrado de mis circunstancias; me busco entre ellas y no me encuentro. Tengo mi destino, que yo prefiero llamar camino. Por él iré con todas mis circunstancias y con todas nuestras consecuencias. Eso, las consecuencias, serán la realización de mi Destino.³¹

Ahora bien, el propósito del héroe no es solo la asunción de la circunstancia, sino la ampliación de sus márgenes, o limitaciones, proyectando la realidad externa en su interioridad, en esa zona fantasmal y caótica donde la realidad cede ante la presión de la irrealidad: la fantasía, el sueño, el pensamiento. Ortega y Gasset había escrito que «el hombre rinde el máximum de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias»³² porque por ellas comuni-

ca con el universo, y es esa premisa lo que motiva la «fría revisión» del personaje chaceliano: una meditación alrededor de sí mismo y de su circunstancia que constituye el núcleo de *Estación*.

Ida y vuelta, novela en la que fluyen conceptos destacados del filósofo y maestro, porque en ella la autora transforma la idea orteguiana de la circunstancia en móvil de su personaje. Y también la noción del pensamiento como una función vital que Ortega desarrolló en *El tema de nuestro tiempo*, noción que más adelante conduce al concepto de razón vital.

A efectos de lo que aquí nos interesa, quiero remitirme a una llamada de Julián Marías en la que nos propuso fijarnos en el «titulillo secundario» —*Geometría sentimental*— del ensayo «Vitalidad, alma, espíritu», perteneciente al volumen v de *El Espectador* (1924). Este fragmento, según Marías, «tiene un antecedente en la obra de Ortega: la descripción del bosque con que se inicia la Meditación preliminar de las *Meditaciones del Quijote*». Pero hay diferencias considerables entre uno y otro texto; la principal, la variación que se opera en el género literario:

[...] no con la *descripción* [...]; hace falta la *narración*, la introducción de personajes vivos, que hacen algo, por algo y para algo, en una circunstancia concreta. [...] Es uno de los momentos en que Ortega pone en marcha la *razón vital* como *razón narrativa*. [...] No se entiende plenamente una situación vital más que *contando una historia*, lo cual supone la introducción de «personajes», es decir, *alguien* concreto que vive en una circunstancia también concreta. La «dramatización» de este pasaje es la forma teóricamente adecuada de «vivificación» de la doctrina. En este par de páginas aparece en su verdadero rigor lo que es *circunstancia*. Porque ésta no queda suficientemente definida por su referencia a un *yo*; si así fuera, el esquema orteguiano sería el equivalente al inerte «centro y periferia». Mi vida es un diálogo dinámico entre yo y mi circunstancia, en una *tensión* hecha de proyectos, facilidades y dificultades. La circunstancia se convierte en *mundo* cuando proyecto sobre ella mis proyectos.³³

Así entendido, el pensamiento ya no puede quedar circunscrito a la esfera intelectual; su dimensión, proyección o función vital tiene derecho a considerarse *dramatis personae* e incorporarse a un relato. De ahí que, en su primera novela, de una interioridad absoluta e inexpugnable, Rosa Chacel narre no la historia de un hombre sino el curso de sus pensamientos. Y al ser el personaje también el narrador, el relato incluye la dimensión metanarrativa. El proceso creador se describe con términos como fiebre, flaquezas, temblor, delirio, contagio, imágenes centrífugas o visiones que brotan en las zonas oscuras del subconsciente, en el mundo de las pesadillas nocturnas, entre la realidad y el ensueño, cuando la palabra reflexión adquiere sentido de espejismo, de proyección ilusoria en una realidad negra y vacía:

El solitario tiene siempre su creación expuesta a chocar con la realidad o a palidecer ante ella de pura envidia, y tiene además que sufrir

33. Marías, Julián. *Ortega II. Las trayectorias*. Madrid: Alianza, 1983, pág. 145 y sigs.

34. Para estas cuestiones, véase especialmente el arranque de la parte tercera de la novela.

35. Chacel, Rosa. *Estación. Ida y vuelta*, *op. cit.*, pág. 128.

36. *Ibidem*, pág. 128.

37. Zambrano, María. *Delirio y destino*. Madrid: Mondadori, 1989, pág. 27.

38. *Ibidem*, pág. 28.

39. *Ibidem*, pág. 58.

40. *Ibidem*, pág. 46.

41. *Ibidem*, pág. 37.

el juicio de los que han velado mientras él soñaba. Esto, por supuesto, sin el menor carácter de cargo de conciencia. Con ese otro de conmoción, de perturbación psicológica, simplemente de poder o no poder sufrirlo.³⁴

Entendida la creación como una ordenación del caos interior, el punto de partida es el fondo personal: «Una raicilla que apuntando en mí mismo divergió de mi centro afectivo bastará para animar mi creación literaria»,³⁵ afirma. Lo autobiográfico, sin embargo, no deberá ofuscar al escritor, que habrá de tener siempre en cuenta que su personaje es otro, alguien que posee su propia conciencia; por ello, para no olvidar «en qué cuello conserva la cabeza», lo creará a partir de sus «viceversas». El novelista solo proyectará en su personaje lo esencial de su yo, lo que le importa probar o ensayar de su propia vida:

Fluctuará «mi yo» movedido alrededor del suyo firme. Pero llegaré a precisar, respecto a él, mi debida situación y distancia. Encerraré su yo y el mío en respectivas copas cristalinas, desde donde se vean sin mezclarse. Y saltaré de una a otra, colectando lo más escogido del yo y del él.³⁶

Este podría ser uno de los puntos que nos lleven hasta María Zambrano, cuyas líneas sobre la novela fundacional del género, *El Quijote*, bien podrían servir para caracterizar lo que Rosa Chacel se propuso en *Estación. Ida y vuelta*. Pero hay muchas más concordancias, si bien voy a ceñirme a *Delirio y destino* y a este otro yo monologante (en el sentido antes señalado) que también se plantea la vida como una proyección:

Vivía hacia el futuro o más bien en el futuro al no tener presente. Había estado a punto de caer en el pasado. Pero el mismo pasado fragmentario doloroso la rechazaba. Y no tenía pasado propiamente; lo tendría tan sólo cuando hubiese vivido ya algo de ese futuro, pues ese futuro vivido sería el pasado reconocible, suyo. [...] Se había decidido a nacer, pero tendría que ir naciendo.³⁷

La realización de ese destino también pasa por la soledad, por un abismarse, por un caminar hacia dentro: «Sólo le quedaba adentrarse, encerrarse como en un capullo, en su sueño y dejar que se formara»,³⁸ leemos. Y aun después reitera: «y el “fuera” no estaba presente; el mundo se había convertido en un lleno inasequible. Presentía, imaginaba y hasta los sentidos se le iban afinando, como queriéndose desprender de su centro para traer noticias. Aparecían sensaciones sutiles que antes estaban englobadas; apenas ya veía objetos, sino sombras, luces, reflejos, al principio flotando en un vacío que los hacía irreales como si lo que entendemos por realidad, por “mundo”, fuese un hueco.»³⁹

También la tarea del vivir se postula en *Delirio y destino* como un dar la cara a las circunstancias,⁴⁰ como una «pasión de conocimiento y de acción». ⁴¹ Y hay más de un párrafo que parece condensar

el proceso de autoanálisis que desarrolla el protagonista chaceliano de *Estación. Ida y vuelta*:

Vivir es errar, andar a la deriva tras de ese «único» que nos persigue sin tregua, en el seno sin fin de esa realidad que no nos deja, que tampoco permite que nos fundamos en ella, resistencia última que nos obliga a salir, a sostenernos. La cifra de esa resistencia, amor o vocación, nos obliga a ser Él, porque nos descubre el no ser. Y aquel vacío del mundo, aquel hueco, se fue llenando de poesía, acción primera unitiva. La realidad penetra en nosotros poética e indistintamente.⁴²

Y, si antes hablamos del binomio razón vital y razón narrativa, aparece ahora la razón poética. Y se revisa otra posibilidad, muy en la línea de la reflexión metanarrativa: «dibujarlos [los momentos decisivos], captar sus vidas sería escribir literatura. Una novela; podría hacer eso, irlo haciendo en ese tiempo vacío que se le regalaba, mientras llegaba la vida, esa vida que tenía ante sí».⁴³

Son solo unos apuntes sobre la consanguinidad espiritual (o intelectual si se prefiere) entre María Zambrano y Rosa Chacel, materializada en estos y muchos otros textos, así como en los símbolos que ambas glosan: «Si yo he sido según tú la ebúrnea Rosa, tú para mí eres y serás la única Rosa, la rosa de Alejandría»,⁴⁴ se despedía María en el texto escrito para celebrar los noventa años de su amiga.

Bibliografía

- AA.VV., *Cartas a Rosa Chacel*. Ana Rodríguez Fischer (ed.). Madrid: Ediciones Cátedra, 1992.
- Chacel, Rosa. *A la orilla de un pozo*. Madrid: Ediciones Héroe, 1936. Reedición en Valencia: Pre-Textos, 1986.
- . *Obra completa* III. *Artículos* I. Ana Rodríguez Fischer (ed., prólogo y notas). Valladolid: Excma. Diputación Provincial de Valladolid – Centro de Estudios Fundación Jorge Guillén, 1993.
- . *Obra completa* IV. *Artículos* II. Ana Rodríguez Fischer (ed., prólogo y notas). Valladolid: Excma. Diputación Provincial de Valladolid – Centro de Estudios Fundación Jorge Guillén, 1993.
- . *Estación. Ida y vuelta*. En *Obra completa* V. *Novelas* II. Ana Rodríguez Fischer (prólogo). Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2000.
- . *Obra completa* IX. *Diarios*. Carlos Pérez Chacel y Antonio Piedra (eds.). Ana Rodríguez Fischer (prólogo). Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2004.
- Marías, Julián. *Ortega* II. *Las trayectorias*. Madrid: Alianza, 1983.
- Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. En *Obras completas* I. Madrid: Alianza – *Revista de Occidente*, 1983.
- Rodríguez Fischer, Ana. «Líneas de una amistad (Carta inédita de María Zambrano a Rosa Chacel)», *Ínsula*, 509, mayo de 1989.
- Sobejano, Gonzalo. *Nietzsche en España*. Madrid: Gredos, 1967.
- Zambrano, María. *Delirio y destino*. Madrid: Mondadori, 1989.
- . «Rosa, *Un ángel más*, 3-4, invierno y primavera de 1988.

42. *Ibidem*, pág. 59.

43. *Ibidem*, pág. 36.

44. Zambrano, María. «Rosa», art. cit., pág. 12.



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>).